

Blanca Álvarez

Silencio de flauta



Cuarteto de cuerda 

ANAYA 

1.ª edición: septiembre 2012

© Del texto: Blanca Álvarez González, 2012
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., Madrid, 2012
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta:
Miguel Ángel Pacheco y Javier Serrano

ISBN: 978-84-678-2886-3
Depósito legal: M-24500-2012
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía
de la lengua española*, publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.*

Silencio de flauta

Blanca Álvarez

Cuarteto de cuerda 

ANAYA

AQUEL AÑO PODÍA borrarlo sin pena del calendario. En realidad, los últimos años habrían estado mejor situados en otra galaxia, en la antimateria, o directamente en la basura.

Me alegraba de que Cloe hubiera encontrado a alguien a quien abrazar y no solo al chelo, ¡claro que me alegraba! Pero, de alguna manera, eso me convertía en un planeta en órbita diferente.

Intentaba tomarme a risa aquel vacío que sentía, más negro que uno de esos agujeros por donde se pierden hasta las estrellas, si entran. Procuraba estar siempre ocupada con algo, preferentemente urgente; por eso yo me encargaba de los bolos, de buscar las partituras, ¡de lo que fuera! Sobre todo este año, sin insti y solo con el conservatorio.

¿¡¡Solo!!??

Lo dicho, estoy peor que mal.

Yo también necesito alguien de carne y hueso para reposar mi cabeza y dejar de darle vueltas a esta especie de dolor sordo que me atrapa desde el estómago y me deja al borde de todos los abismos.

¡Quiero ser normal! Una más del cuarteto, como Carmen, Carla y Cloe con las caras iluminadas por una especie

de felicidad serena y apasionada. ¡Madre mía, me estoy poniendo cursi! Lo dicho, me siento como un planeta disidente.

¡Un planeta disidente!

Por suerte aún puedo reírme de mí misma. Algo que todo el mundo espera de mí, naturalmente, de la pelirroja con ojos verdes, autodefinida como venus de burdel. En realidad, paria planetaria.

Y menos mal que están ellas.

Tan iguales y tan diferentes. Como los planetas, vaya. Como cuatro planetas, sin casi nada más en común que la música. Cada una con su propia órbita, sus miedos y sus traumas. Cuando ensayamos juntas tengo la impresión de ver cómo se reúnen esos cuatro planetas, con su pasado y sus partituras. Entonces, me invade la sensación de que juntas, en esos momentos, creamos un universo diferente.

Recién nacido.

¡Me estoy poniendo poética!

Me pregunto por qué voy siempre corriendo. Bueno, más que siempre, cuando salgo de mi casa, es como si necesitase salir huyendo a toda pastilla. A veces, temo volverme medio loca, o loca completa. Menos mal que esta temporada está Pedro, y mi madre tiene razón cuando me dice: *incluso vuelves a vivir en esta casa hija*. Claro que mi casa es más un hospital que un hogar en estricto sentido, si es que esto existe y no se trata solo de un invento de cuentos y novelas, de esas que Carla devora. ¿Qué le encontrará esa niña a tanta literatura?

Bueno a la carrera, y no porque llegue tarde sino porque desayunaré con Cloe en Los Tres Reyes, ante la mirada atenta del camarero ese que nos mira como si fuéramos divas, o diosas, o algo especial.

Lo dicho, de mi casa huyo.

Estoy hasta el moño de ver a mi santa madre ejerciendo de paciente enfermera de un padre que, habrá sido un genio en pintura, pero ahora está casi muerto y no debe de enterarse ni siquiera de la cantidad de horas que se pasa ella, mi madre, la abnegada Anne, sentada a su lado, tomándole la mano y hablándole como si él pudiera entenderla.

—¿Por qué lo hace, Pedro?

—Porque se quieren pequeñaja.

—¿Se quieren? Pero si él ni se entera.

—Eso no lo sabemos, Celia. No lo sabemos.

Pensé que, de alguna manera, nos consuela imaginar que aquel ser que fue nuestro padre, no es una momia vegetal, sino alguien «que se entera». ¿De qué? Pues eso, ponemos donde no hay todo cuanto nos gustaría que hubiera. Dicen que, justamente, en eso consiste el enamoramiento. Eso sí, ahora mi madre goza de vía libre para «poner» sobre mi padre, lo que le parezca oportuno. Total, el hombre ni lo rebatirá, ni lo negará, o sea, no se entera.

Esta misma madrugada, antes de las seis, hora de tocar diatona, allí estaban, en la cristalera del antiguo estudio paterno, sentados como dos estatuas. Pedro también los estaba mirando, pero, está claro, no lo vemos del mismo modo.

¡No lo sabemos! Lo que pasa es que a todos les gustaría creer que el derrame cerebral del famoso pintor no le ha matado todas las neuronas y que, a fuerza de palabras, cariño y atención, un día de estos despertará del letargo.

¡Como si fuera la Bella Durmiente, vaya!

En serio, me temo que no soportaré mucho tiempo más ese simulacro de familia feliz donde se ha instalado mi señora

madre. Ella, que renunció a su propia carrera de diseñadora para ponerse al servicio del genio.

¡Qué fuerte!

—Hola, Celia. —A Cloe los últimos tiempos le brilla hasta el luto permanente de su ropa.

—*Porfa*, un café. —No sé ni para qué me molesto en pedirlo, seguro que el camarero lo trae hasta la mesa solo con verme entrar—. ¡Necesito una dosis fuerte!

—¿Estás bien? —Me mira con esa cara de madre preocupada y casi me desarma.

—No.

—Vale.

Me conoce lo suficiente como para no insistir. Me bebo el café sin abrir la boca, después intento recordar cómo es la Celia que todos conocen y esperan.

—¿Qué tal tu abogado? —Me corroe la envidia.

Quisiera creer que es envidia de la buena, pero ¡la envidia es envidia y punto!

—Solo estudiante, Celia.

—Vale. Al menos tendrás los asuntos legales cubiertos. —Sonrío, no se merece mi cabreo—. Imagino que algo más también, ¿no?

—¡Celia, llevamos días!

—¿Y? —Encojo los hombros—. No seas antigua, tía.

—¿Por qué antigua? yo no tengo prisa. Y después de conocer la historia de mi abuelo Isabelino, te juro que menos.

—Eso fue muy fuerte. —Me había contado aquel relato increíble de un amor desgraciado y de lo cobarde que fue: un

culebrón en toda regla, vaya—. ¿Se queda a vivir con tu abuela Eugenia?

—De momento. —Me guiña un ojo—. Aunque —baja la voz y se acerca hasta inundarme con su perfume de chica feliz—, me temo que solo lo admite como «invitado». —Dibuja las comillas, le parece gracioso.

—Pues ya es más de lo que se merece. —Cierto, me sale la bilis por cada palabra.

—¿Por qué dices eso?

—¡Joer, tía! —¿Lo dice en serio?—. Te das cuenta de que las mujeres somos el «sexo benevolente». —Le dibujo las comillas ante las narices y se ríe.

—Que somos ¿qué?

La pregunta viene de Carmen, recién entradita en el café, ¡santo Dios son las ocho de la mañana! Se quita los guantes, levanta una mano en dirección a Pablito el camarero cotilla, señala mi café y ni se molesta en nombrarlo.

—El sexo benevolente —repito para ella—. O sea, memas del culo, vaya.

—¿Por?

—Pues porque hemos decidido ser las madres de todos los hombres del mundo, por ejemplo.

—¡Déjalo Celia! —Cloe siempre al quite—. Hoy no tienes un día muy fino.

—Lo tengo finísimo, ¡te lo juro!

—Bueno, va. —Carmen debe de tener algo que contar—. A ver, Carla se ha ofrecido a hacer la cena este sábado en su casa...

—¿Qué cena? —Voy a tener que comprar una agenda.

—Celia, bonita mía...

—No me des coba, Cloe.

Hoy no, por favor, que apenas he dormido y he presenciado la escena de una princesa hablando con un muerto que respira. Lo pienso y me lo callo.

—A ver. —Me coge una mano—. ¿Recuerdas que acordamos hacer una cena nosotras...?

—¿Solás? —Lo dudo.

—No, mujer, en el fondo, como ya te dije, es un modo de hacer que Pedro y Ana se «conozcan»...

—¡Ah! Se me había *pasao*. —Cloe tiene razón hoy no tengo el día muy fino.

—Eso es, de celestinas totales. —A Carmen le hace gracia.

—¿Y habéis encontrado alguno para mí? —Me miran como si me hubiera vuelto rematadamente lela—. Lo digo en serio, coño, ¡todas estáis con alguno! —Cloe se ruboriza.

A veces esta francesita me desconcierta. Puede soltarte una burrada cortante sin mover un músculo y después ponerse colorada como una mema cogida en falta, al sentirse culpable sin culpa alguna.

—Por cierto, Cloe —Carmen se anima—, nos lo traerás a la cena, ¿no?

—¿Quieres asustarlo? —La miro—. Carmen, ese pobre chico, que debe de ser normalito, si lo metemos en nuestra grilla-da secta saldrá corriendo, porque, te recuerdo, todos los que irán son artistas. O casi.

—Pedro, no. —Esa es Cloe.

—Vale, uno contra seis más el abogado si viene. ¡Están en franca minoría!

—¡No seas pava! Además, te olvidas de mi hermana Ana. Ella es la ciencia. O sea, te pasas —apunta Carmen.

—Cloe soy realista. Pero, bueno, allá tú. —Muevo la cabeza para despejar la mala nata de aquella mañana, intento sonreír y ser la de siempre—. Eso sí, cuanto antes se entere de la leonera donde se mete, mucho mejor. Es como tirarse a la piscina de golpe, sin pensarlo y sin respirar.

—¡Serás bruja!

—Mucho, Cloe, mucho.

Por suerte nos reímos.

Falta la bella y dulce Carla, pero las dos consiguen relajarme. El nubarrón que traía de casa se va disolviendo entre risas.

¿Qué haría yo sin ellas? Cloe, mi amiga más antigua, está convencida de que en mi interior anida algo parecido a una suicida. A veces, yo misma le daría toda la razón. Aunque no es un acto voluntario, más bien un cansancio infinito, brutal.

—¿Tú no tienes instituto?

—Sí Celia, como todos los días, pero el de inglés está de baja, así que vine a desayunar con vosotras.

—Eso es morbo.

—¿Por? —preguntó Carmen con cara de niña.

—Pues porque dispones de una hora, o dos, libres, te podías ir a cualquier lado y estás aquí, porque quieres que esa cena salga de película ¿no?

—En eso estoy de acuerdo contigo.

Y lo estoy. A todas nos hubiera gustado tener una hermana mayor como la suya. Yo con tres hermanos supermayores, varones y totalmente ajenos, ni contaba. Bueno, salvo Pedro. Y mi buen Pedro se merecía una tía como Ana.

—Así que, en casa de Carla, con lo que me gusta a mí Selena —Cloe rebobina—, al menos sé que no se pondrá «madre» con Alberto...

—¿Madre? —Carmen la miró sin comprender.

—Ya sabes, en plan estupenda, como la mía, para someterlo a un tercer grado creyendo que lo hace sin que se note.

—Ya, la mía haría lo mismo.

—Pues la mía no —solté en plan desafío.

—¿Por? —Carmen me miraba ahora sin saber si envidiarme o consolarme.

—Para mi madre solo existe un planeta en el universo: mi padre. —Me di cuenta de que había levantado la vista al techo y la bajé a la mesa: solo me faltaba ponerme dramática—. Quien, por otra parte, ni se entera.

Bajaron la cabeza.

Hubo un tiempo de silencio incómodo. No nos sentaba bien hablar de asuntos familiares. Sobre todo a Cloe y a mí. Bueno, tampoco a Carla le hacía gracia. Carmen, en eso como en todo, era la más normal de las tres.

—Pues a mí lo de madre de los chicos. —Carmen parecía con ganas de comentar algo—. No sé...

—¿Qué pasa? —pregunta Cloe cogiendo una mano de Carmen. Trago saliva.

Justo en ese momento, entra nuestra preciosa Carla. Confieso que me costó reconocer la buena persona oculta tras esa pinta de pija divina de la muerte. Por suerte, Carla no se corta ni un pelo: es lo que es y sin andar justificándose.

—Buenas. —Mira la cara de Carmen—. ¿Pasa algo?

—Bruno, que está depre. —Baja la cabeza.

—¡Coño, un poco joven! —Pienso que más bien un niño mimado, pero bueno—. ¿Y eso?

Confieso que no lo pude evitar, se me puso carita de asco. Carmen era una tía normal, pero desde que andaba en amores

con Bruno, parecía haber perdido un poco el norte. O yo me había vuelto más bruja.

—Pues joven o no, está chungo, chungo.

—¿Cómo dices? —Cierto, me salió una punta de veneno en la pregunta.

—Es que ayer estuvimos viendo una película terrible...

—¿Alienígenas, monstruos, vampiros, casquería y tal?

—¡Jo, Celia, bonita, eres un cardo!

Por el rabillo del ojo pude ver la sonrisa de Carla, ¡al menos una sensata! Y lo peor era que la insobornable desde siempre a la casquería sentimental, mi cínica Cloe, se veía al borde de caer por el mismo precipicio.

¡Me sentía sola y abandonada!

—Bueno, venga, cuenta. —Carla salió al quite.

—La película era terrible, pero sin vísceras ni vampiros —Me miraba, eso me iba personalmente dedicado—. *Cuatro minutos*, ¿os suena?

Carla negó, menos mal porque en los últimos tiempos estaba al borde de sentirme analfabeta total.

—Pues es del nuevo cine alemán, de un tal Chris Kraus.

—No te imaginaba tan al loro del cine alemán «de antes».

—Celia, bonita, ¡córtate un poco! Bueno, pues es la historia de una chica marginal, pero con uno de esos talentos innatos para el piano, ¿sabes? —Carmen estaba cambiando hasta las muletillas—. En la cárcel una vieja profesora se encarga de darle clases, no recuerdo por qué, para preparar una representación, algo así como una fiesta para las autoridades...

—¿Viste la película o estabas en otro mundo? —La pregunta de Carla no resultó molesta, esa niña tiene una increíble capacidad para insultarte y que suene a piropo.

—¡Vaya día lleváis! —Pero le dio la risa.

—¿Vas a contar la causa de la depre o la adivinamos?

—Os resumo. —Pues menos mal, pensé—. La chica, marginal y borde, o mejor, amargada total, mueve los dedos sobre el piano, real o imaginario, como si fueran de otra, ¡es que ni le pega eso de tocar el piano! —Me mordí la lengua y casi me enveneno allí mismo—. El caso es que llega el día de la actuación, la tía monta un cristo de tres pares de narices y deciden impedirle que toque, así que la profe, la vieja que le daba clases, les pide a los polis cuatro minutos. ¡Qué manera de tocar!

—¿Y eso ha deprimido a Bruno?

—Sí, Celia.

—¡Estupendo! ¿Y? —Me quedo mirándola sin encontrar la lógica.

—¡Pues eso! —Debe de ver la duda en nosotras—. ¡Ay, por Dios! Bruno no es un genio del piano...

—Ya, de eso ya nos habíamos dado cuenta. —Lo dicho, me muerdo la lengua y me enveneno.

—Oye, que toca fetén.

—También lo sabemos. A ver, Carmen, hasta donde llegan mis conocimientos, en el conservatorio no tenemos ningún genio. ¡Ya quisieran! Buenos músicos, profesionales solventes, pues sí, la mayoría.

—¡Qué remedio! —Cloe se suma—. Con eso y todo, crudo vamos a tener lo de currar.

—Pero eso, ni siendo genios. —Carla, mi dulce Carla, parece mentira que apenas tenga dieciséis tacos.

—¡Ay, no es eso!

Nuestro bolero Carmen, esta vez, puso cara de bolero dramático. Se me estaban afilando los colmillos.

—No, claro, «tu» Bruno —le dibujo las comillas—, no necesita currar, incluso se puede permitir se un diletante...

—¿Un qué...? Bueno, déjalo. —Manotea en el aire—. El caso es que ver cómo una tía sin estudios era capaz de ponerle los pelos de punta con el piano, pues lo ha dejado con la moral por la suela del zapato.

Baja la cabeza. Le preocupa. Y a mí, me preocupa que aquello me parezca una soberana memez. Pura estética de niño malcriado.

—Bueno, para estar a la par —Carla no levanta la voz, ni se altera; lo juro, la envidia, porque va a disparar, eso seguro—, os veis juntos una gran película —levanta los ojos y mira a Carmen—: «El concierto».

—¿Por qué estaríamos a la par? —pregunta Carmen.

—La interpretación al violín de la actriz, bueno de la violinista que lo graba, ¡es para comerse los dedos de envidia!

Lo dicho: un disparo mortal sin mover un pelo. ¡Dieciséis tacos!

—¿Qué concierto es? —Carmen, o no se ha dado cuenta del puyazo, o se lo perdona todo a la peque.

—*Concierto para violín y orquesta* de Tchaikovsky —ni altera la voz—. Prohibido bajo el régimen estalinista.

—¿Por? —A Carmen ya le importa un bledo su posible depresión.

—¡Psss! —Encoge los hombros.

Dos chicas normales a esas alturas estarían tirándose de los pelos; estas dos serían capaces de enrollarse horas discutiendo la interpretación de la violinista. ¡Olvidadas las depres! A esas alturas incluso la de Bruno.

Cloe me mira. Le basta con mirarme para que no suelte la cantidad de burradas que se me ocurren. Decido que mejor

largarme. Las amigas son eso: amigas. Y no se debe abusar de cuánto nos quieren para soltarles un discurso.

¡Ganas no me faltaron!

—Bueno, os dejo poniendo las comas y los puntos a la cena.

—Miro a Cloe para que no me siga—. Tengo algo que hacer.

—Nos vemos al mediodía, ¿vale?

—Vale, Cloe.

—¿Nos vemos por la tarde? O sea, cuando terminemos las clases. —Los ojos azules de Carla casi me desarman.

—Ya lo vemos.

—Lo digo por el ensayo.

—Lo hablamos. —Cierto, tenemos el cuarteto de Haydn para los próximos bolos, pero en esos momentos, lo juro, me siento a punto de estallar.

¡Otra más que le debo a mi santa madre!

O mejor, al padre que ya no era otra cosa que un fantasma sin voz. Tal vez sin alma.

Las dejo y salgo del café con ganas de perderme. Cuando enfilo la Corrada decido dar una vuelta antes de encerrarme en aquel lugar de futuros parados con complejos varios, sobre todo con pánico por no pertenecer a la lujosa casta de los genios.

¡Bruno deprimido!

Le daba yo unas dosis de realidad *pa* curarle la tontería al niño.

No, no tenía un buen día.

Me conozco lo suficiente como para saber que no debo dejarme llevar por este muermo gris de pura indiferencia porque terminaría deslizándome por una pendiente donde la depre de Bruno se quedaba en pura jerga.

Tampoco quiero que me vea Cloe así.

Me da miedo la mirada de susto que pone cuando llego a uno de estos puntos ciegos de mi vida. Y este año voy con recaída y en pura caída libre. No recordaba una temporada tan negra desde los once tacos. Aunque entonces había datos objetivos, ¿existen los datos objetivos? Bueno, quiero decir que fue cuando perdí a mi padre.

Porque lo que ahora dormita en mi casa, no es, ni de lejos, mi padre. Bueno, no es nada.

Enfilo por la trasera de la catedral, una diminuta calle que hasta no hace mucho olía a pis de gato y que ahora vigilan los uniformados municipales para evitar que se utilice con fines de urinario público. Este Oviedo es la ciudad más limpia del planeta, por la superficie, claro.

¡Allí está!

Es la tercera vez que lo veo esta semana.